ño, y que ella habría, con toda certidumbre, de proporcionar á México ventajas más grandes que las que le proporcionan, por una parte, la inmigración española, y por otra, la política que, iniciada por el actual Presidente, tiene que ser la política nacional durante larguísimos años, para que el país cuente con el franco y confiado concurso de brazos y capitales extranjeros en la obra de su desarrollo. Declamar contra España, contra la supuesta *tiranía* y las no menos fantásticas *atrocidades españolas*, será cosa muy grata para quien odie á España; pero quien ame á México, antes de conceder sus simpatías á la rebelión cubana, ha de querer saber qué bienes ha de traer á *México* el soñado triunfo de esa insurrección. Nadie lo ha dicho, y creo que nadie podrá decirlo.

La cuestión de Cuba considerada en sus relaciones con el criterio político ameri- y los intereses de México.

V.

¿Caso de realizar su independencia Cuba, tendría elementos para constituir una nación digna de figurar entre las naciones hispano-americanas continentales?

Me parece que tan firme como el que hubo de recorrerse para tratar el asunto del artículo anterior, pero aún más amplio, es el campo en que se encuentra el punto de que voy á ocuparme ahora. No necesito, por fortuna, emprender un gran trabajo de inducción (que indudablemente sería superior á mis fuerzas) para buscar la ley que habría de determinar y regir los fenómenos sociales y políticos que se realizarían en Cuba si esta isla llegara á ser abandonada á su suerte por España. Ese trabajo á mi entender, está ya hecho por el profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Gratz, Luis Gumplowics.

Sabido es que este sabio insigne, de quien el publicista italiano Vaccaro dijo que «es el *único* que ha sabido desarrollar una *completa* teoría sociológica» ha llegado á formular, por medio del más rigoroso método científico, las leyes que rigen el «proceso natural social,» y «la formación del Estado.» Uno y otro fenóme-

no se manifestaría en Cuba, *por perturbación de lo actual*, si la rebelión triunfara. Es necesario, por lo mismo, para fundar alguna conjetura acerca de la tendencia y fines de tal perturbación, tomar por base de juicio las leyes de esos fenómenos.

Todo proceso natural, dice Gumplowics, se produce por la presencia de dos elementos heterogéneos que entran en acción recíproca. En lo social, esos elementos heterogéneos son los grupos étnicos ó sociales, y su acción recíproca produce la "lucha por la dominación," causada por el instinto de la propia conservación, que impulsa á todos á aprovechar en su servicio cuanto para su vida necesitan y está á su alcance. De esta lucha nace el Estado, que es "la organización de la dominación," que se modifican conforme se fusionan ó amalgaman los dos elementos heterogéneos, dominador y dominado, pero quedando siempre la dominación «idéntica á sí misma» en toda la historia humana.

Y ésta, en efecto, es la ley que descubre la observación de esa historia, desde los tiempos en que esta comienza hasta los presentes. En donde la lucha por la dominación ha cesado de realizarse entre *razas* se efectúa entre *clases*, que, en opinión de otro escritor de genio (Armand Hayeme), son entre sí tan distintas como las mismas razas y tienen una «fijeza comparable á la de las especies en la naturaleza.»

Tomando como base de juicio estos resultados de una vigorosa inducción, podremos acaso tener guía digno de relativa confianza para estimar los elementos que entrarían en «lucha por la dominación» en Cuba cuando la "dominación" actual cesara por el triunfo del esfuerzo separatista. Pero antes parece necesario formarnos una idea de esa «dominación» actual, á que la insurrección trata de poner término.

La «dominación» actual, como se ha visto en el artículo anterior, no es de conquistadores sobre conquistados, no es de una raza sobre otra raza, sino que á semejanza de lo que se observa en casi toda Europa, y en América, es de unas clases sobre otras clases. Los hombres de empresa, lo mismo españoles que cubanos, de iniciativa, de espíritu práctico, y por uno ó más de estos motivos, de influencia, dominan en Cuba, lo mismo que en México, á las demás clases, y debe especialmente sentir esa dominación la clase que, con necesidades y ambiciones superiores á su capacidad para satisfacer las primeras y realizar las segundas en las empresas de la labor económica, para la cual es inepta, desborda su actividad en la esfera de la política, que es la que á esa especie de actividad ofrece menos resistencias. En Cuba, como en todos los países hispano-americanos, aquella clase, que es la media, constituye por su desproporción numérica, y sobre todo, intelectual, respecto de las otras, un poderoso obstáculo á la marcha del Estado, y esa desproporción numérica é intelectual es el resultado de un gravísimo error de los españoles, que con él han dado fuerza extraordinaria á ese formidable elemento de agitación política.

El español, por regla general, que viene pobre, que labra su fortuna á fuerza de privaciones y perseverancia en un trabajo rudo, no quiere que su hijo sufra las penalidades por que él pasó, y en vez de obligarlo á seguir en el mismo trabajo en que él se hizo rico, lo dedica á una carrera literaria, que no siempre termina, porque tanto el padre como la madre, especialmente si ésta es americana, quieren que el *niño* viva en las comodidades y el lujo *correspondientes á su clase y á su fortuna*. El efecto de ese amor tan mal entendido es que el excelente padre, deseando á su hijo el mayor bien, mata en él toda aptitud segura para la labor económica, lo despoja del carácter de *dominador* que como él tendría en virtud de ella, lo sujeta á la condición de *dominado*, es decir, lo arroja de su clase, y lo convierte, por consiguiente, en enemigo suyo (del padre), colocándolo inconscientemente, en el bando opuesto. Acaso esta sea la razón de ese extraño sentimiento de hostilidad hacia el elemento español, que se observa en todas las naciones hispano-americanas, que no parece explicable de otro modo, y que cabalmente se manifiesta con más vehe-

mencia en los hijos, que en los descendientes en más lejano grado de los peninsulares; hecho que seguramente tiende á comprobar la observación que vengo haciendo. Los españoles no han compartido la dominación con sus hijos: amándolos mucho, y precisamente por amarlos tanto, los han convertido inconscientemente en dominados, ó lo que es lo mismo, en sus naturales enemigos, con aspiraciones diametralmente opuestas á las suyas.

En Cuba, el español agrava incalculablemente el efecto de aquél error con otro error que no solamente extraña al hijo de su clase, sino que tiende á extrañarlo también de su raza: en Cuba, para darle mejor educación, el español envía á su hijo á los colegios de los Estados Unidos, en los que no adquiere, sino por excepción, una carrera, pero sí ideas políticas incompletas, y, además, el desprecio á su raza. No vuelve, pues, el joven más apto para la labor económica; pero sí más apto para la agitación contra lo que le cierra el camino á una dominación sin ideales bien definidos y sin propósitos viables. En resumen, el muchacho destinado, por un amor mal comprendido del padre, á la ineptitud para el trabajo, arrojado así á la clase dominada, y por lo mismo enemiga de la del propio padre, no sólo vuelve condenado definitivamente á la dominación, sino con ideas que, queriendo ser las del republicanismo anglo-americano, no resultan en realidad sino las del más delirante jacobinismo, las menos conducentes á la constitución de un Estado en la libertad y las menos propias para conservar, en el orden. No necesito decir que hablo *en lo general* y que no desconozco la posibilidad de las excepciones.

El otro grupo de importancia entre los dominados es la raza negra, que España misma puso en aptitud de luchar contra la dominación manumitiéndola é igualándola con los ciudadanos españoles en todos los derechos y prerrogativas de éstos. No podrá negarse que la abolición de la esclavitud fué un acto loable por el espíritu de humanidad que lo dictó; pero acaso no podría sostenerse que como acto político, en las circunstancias peculiares de la Isla, fué acertado. La concesión de los derechos de ciudadanía á ese grupo no puede pasar á mi entender, sino como un rasgo de *política metafísica*—como llamamos por acá á la jacobina—que no podría conducir sino á la corrupción del sistema liberal de gobierno, porque la libertad en el mundo civilizado no es efecto de las leyes, sino producto de la cultura social. Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es, según me parece, que la libérrima conducta de España con respecto á la raza de color en Cuba, en las condiciones, repito, de la Isla, ha de haber alentado muchísimo la resistencia á la dominación.

Hemos visto hasta aquí, aunque con la brevedad que las dimensiones de un artículo de periódico impone, el estado actual de la «dominación» en Cuba. Debemos considerar ahora los elementos que entrarían en «lucha por la dominación,» y en la formación del Estado, si España abandonara la Isla á su suerte.

Ya se han calificado los factores de la insurrección no como me ha parecido que deben serlo en orden á servir el propósito de defender la causa de España y el interés que en la cuestión de Cuba tenga México, sino como ellos se presentan á la vista del observador imparcial; y el examen de esos factores impone la convicción de que Cuba, no siendo española, no podría ser sino anglo-americana.

Dos hechos tienen que observarse aquí. La población blanca de mayor capacidad política que hay en la Isla está repartida entre los partidos legales, ahora unidos en defensa de la Madre Patria. La gente de esa raza que se ha unido contra España, se divide en dos fracciones: una que verdaderamente desea la independencia, pero que es la menos hábil para el gobierno, la más turbulenta y anárquica; y otra la más poderosa de estas dos, que aspira á la anexión de la Isla á los Estados Unidos. Es, pues, de notarse que si la rebelión llegara á triunfar, la raza blanca, que por virtud de los sucesos se enseñoreara de la influencia política, quedaría tan dividida por ideales é intereses como lo están ahora los re-

beldes y los fieles á España; y si esta división no producía de por sí, y desde luego, el conflicto y la guerra, los producirían las ambiciones personales, que aquella fracción turbulenta y anárquica contiene desde ahora, en germen cuando menos.

Pero no es esto todo. La raza de color, que no está dividida entre sí por opuestos propósitos, tiene su ideal también, totalmente distinto de los ideales que dividen á los blancos. Hé aquí cómo se expresa un anexionista ciudadano de los Estados Unidos, cubano de nacimiento, *Fernando A. Iznaga*, en *The Forum*, afamada revista neoyorkina, correspondiente al mes de Enero de este año, 1897: "..... En Cuba, las dificultades, (causadas por la falta de capacidad del pueblo para el Gobierno propio) serían aun más grandes, *á causa de la presencia de un numeroso elemento negro. Los caudillos blancos de la insurrecccón han sentido siempre el peligro de este dominio.* Esta fué una de las causas que pusieron término á la insurrección pasada. Si los habitantes españoles emigrasen —como muchos de ellos sin duda lo harían si los insurrectos llegaran á triunfar—*las dos razas quedarían casi igualadas en número.*

El negro cubano es una importación muy posterior y en consecuencia, *es mucho ménos civilizado que sus hermanos de los Estados Unidos. Muchos de los negros de Cuba proceden de tribus guerreras. El mulato es un elemento inteligente y ambicioso. Por años de años se ha hablado de una república negra que habría de comprender á Cuba, Santo Domingo y Jamaica: la llamada República de las Antillas. Sin una gran preponderancia, será imposible á los blancos dominar este elemento.* Las mismas condiciones—el clima cálido, los bosques impenetrables, la abundancia de elementos—que favorecen la actual insurrección, *harían difícil, si no imposible, la represión de la revuelta de los negros.*»

Esta no es, vuelvo á advertirlo, la opinión de un español ó un extranjero adicto á España, sino de un ciudadano de los Estados Unidos, nativo de Cuba, que conoce muy bien los factores de la insurrección actual y

que no vacila en declarar que, «según todo lo indica, el porvenir de Cuba con un Gobierno propio é independiente, sería mucho ménos favorable á los intereses de los Estados Unidos que bajo el Gobierno español.

No se necesita, pues, tener el dón de la profecía para predecir que el fin de la presente insurrección por el triunfo de ella sería el principio de otra insurrección de la raza de color contra la blanca, que ésta, sin los inmensos recursos que el patriotismo da á España, sería incapaz de sofocar sin auxilio extranjero.

Los cuantiosos bienes que poseen en Cuba varios cubanos que se han naturalizado en los Estados Unidos, y algunos intereses más de que son dueños ciudadanos nativos de aquella república, justificarín la intervención del Gobierno de Washington en los asuntos de la Isla; con tanta mayor razón, cuanto que no tropezaría para realizarla, con el obstáculo moral y material de España. ¿Y cuándo habría de tener fin esa intervención? Dejemos que conteste la pregunta un diplomático anglo-americano de mucha experiencia, Mr. John Bassett Moore que ha ocupado empleos de categoría en el Departamento de Estado de Washington, y que actualmente tiene á su cargo la Cátedra de Derecho Internacional en uno de los más famosos colegios de su país. Decía este señor, hace algunos meses, discurriendo sobre la cuestión de la beligerancia:

"..... *si los Estados Unidos llegasen alguna vez á ocupar la Isla jamás la soltarían, á no ser obligados á ello.* Razones de codicia aparte, *los intereses del comercio y del orden público, demandarían que la retuviéramos.*"

¿Qué puede razonablemente inferirse de todo esto? Apenas si es necesario decirlo. La raza blanca de Cuba no podría por sí sola sostener la lucha con la raza negra; para sobreponerse á ésta habría de necesitar el auxilio de la raza blanca de otra parte; abandonada la Isla por los españoles, sólo podría darle ese auxilio la raza blanca de los Estados Unidos, y como en este caso la raza blanca de Cuba, adicta á la rebelión, quedaría respecto á la raza blanca de los Estados Unidos, por su

ineptitud para la labor económica, en situación peor aún que la que ha tenido hasta hoy respecto á la «dominación», pues la independencia no habría de transformarla en un día, el término del esfuerzo separatista sería la substitución de la «dominación» presente, que es «dominación de *clases*, idéntica á la que realiza en todas las sociedades, con una «dominación» de *rasa*, contra la cual serían impotentes los cubanos rebeldes á España.

En resúmen, si se revisan los elementos que han dado sér á la rebelión y los demás que necesariamente habrían de entrar en juego al separarse Cuba de la Monarquía española, no puede pensarse sino que la salida del último soldado español de Cuba sería seguido en el acto por la anarquía más espantosa. A los varios elementos que en la América española ha producido la guerra civil al consumarse la independencia ó al cambiarse las instituciones antiguas, como en el Brasil, se agregan en Cuba otros dos: uno que causa terror: el elemento negro, y el otro que, entre nuestra raza, sólo en aquella isla se ha visto hasta hoy, y que causa vergüenza: el elemento *nativo* anexionista á los Estados Unidos.

No soy por cierto el único que haya observado la existencia de esa facción anexionista: un escritor nacido en Cuba y enemigo de España dice en *El Nacional* de 30 de Julio del año pasado: «Pero con lo que no podemos transigir»—aunque un mes antes sí transigía—«es con la solución *propuesta por algunos cubanos avecindados en los Estados Unidos ó poseedores de fincas azucareras en la Isla*. La anexión de Cuba á la República del Norte sería,» etc. Podemos estar seguros de que esos cubanos avecindados en los Estados Unidos, como esos poseedores de fincas azucareras, y una multitud más, son ciudadanos naturalizados en los Estados Unidos.

Ahora bien: ¿qué producirían todos estos factores, el elemento separatista puro. el elemento negro, el elemento aventurero y «los cubanos avecindados en el Norte,» «los poseedores de fincas azucareras,» etc., que *proponen* la anexión á los Estados Unidos.

No es aventurado pensar, como piensan todos los hombres imparciales y juiciosos, que el primero y seguro efecto de todas esas causas de disolución sería la anarquía, que habría al fin de resolverse en una guerra de castas. El término de esa tragedia, que alguno de los mismos cubanos temen y que, como se ve por el testimonio de uno de ellos, muchos habrían de procurar, sería *la ocupación* de la Isla por un ejército anglo-americano que iría, por supuesto, *no á conquistarla*, sino *á protejer los intereses de los ciudadanos de los Estados Unidos en Cuba, en su mayor parte cubanos de nacimiento.*

Se ha dicho en todos los tonos, y se repite á diario, que no cuadra con las instituciones anglo-americanas, ni conviene á los intereses de los Estados Unidos, la adquisición de más territorios; pero sabemos lo que hay de serio en esas declaraciones, y cómo se cubre el expediente cuando es necesario. En este caso, ya se ha indicado el procedimiento.

Los Estados Unidos, como la experiencia lo tiene demostrado en Texas, repugnan todo lo que sea conquista; además, no quieren ya más territorio; pero, ¿cómo salían de Cuba después de la generosa ocupación de la Isla para amparar los intereses de sus propios ciudadanos? Para realizar el desinteresado fin de esta ocupación tendrían necesariamente que constituir un Gobierno, y se entiende que *libre y republicano*, para que la «doctrina» de Monroe no tuviera por ahí tropiezos; pero, ¿con quiénes constituían tal gobierno, que no volviera la anarquía antes de que el último barco de la ocupación pasara frente al Morro, de regreso á los puertos del Norte? Los únicos que podrían dar garantías serían aquellos «avecindados en los Estados Unidos,» aquellos «dueños de fincas azucareras,» que siendo ya ciudadanos de la Gran República, constituirían con muchísimo gusto el Gobierno, para pedir á renglón seguido la anexión al país de su elección y de sus afectos. Y así se realizaría, muy económicamente, la idea de Mr. Bassett Moore.

Quien crea que en estas observaciones no hay más que parcialidad contra la rebelión cubana, puede leer el

artículo de *El Nacional* á que me he referido, escrito por un hijo de Cuba, enemigo de España.

No puede, pues, pensarse, sin cerrar los ojos á la razón, que en caso de realizarse la separación de Cuba, no tendría la nueva entidad elementos para constituir una nación digna de figurar entre las naciones hispano-americanas continentales. Cuba insurrecta carece de la aptitud necesaria para constituir un Estado, y si tuviera esa aptitud, se hallaría en la imposibilidad de ponerla con feliz éxito en actividad sin auxilio extraño. El triunfo de la rebelión de Cuba no sería, pues, sino una segunda edición de lo de Texas.

CAPITULO II

LA DISCUSION

(PRELIMINARES.)

AL SR. D. FRANCISCO BULNES.

Suponiendo acaso el Sr Bulnes que quien trajo á *El Correo Español* noticias de nuestra prensa de hace veinte años, tiene que ser alguno de los mexicanos que hemos escrito contra la agitación cubana en nuestra República, nos dirige en un artículo que publicó el martes de esta semana en *El Mundo*, ciertas acusaciones de que voy á ocuparme, por lo que las personas que no me conocen pudieran sospechar que me alcanzan.

El Sr. Bulnes, llevado por su enojo más allá del límite de su personal criterio, incurre en un rasgo de vulgaridad que sin duda no es propio de él. Dice que no faltan mexicanos (la mayoría afirma, de los españolizados) ¡que, no sintiendo por España más entusiasmo ni más nobleza de la que experimenta una rata flaca por un pedazo de queso, se alistan en las filas de los amigos de aquella nación para explotar la rica veta del ardien-